

Higiene intelectual



Todas las mañanas, al desdoblar los diarios para enterarme de lo que pasa y de lo que se dice, de la verdad y de la mentira, me echo á temblar. Porque no pasa día en que no venga en ellos la noticia de haber caído gravemente enfermo un político de primera fila, un literato titulado exímio, un artista eminentísimos, un pensador ilustre, un poeta inspirado, alguien, en fin "que es alguien", cuyo cuerpo ocupa en el ataúd el mismo hueco que el de los que son "unos cualquiera", pero cuya desaparición deja en la humanidad un vacío enorme.

Los que "hacen primeros papeles" no son como los dioses. No se van. Es que se los llevan. Vamos quedando los que "hacemos el entremés". Tiemblan todos los grandes actores de la comedia humana, lo cual no quiere decir que no se mueran también los del género chico, las típicas ligeras, los tenores cómicos y los que dan función entera á precios populares.

Yo nunca he pensado en la muerte. No he tenido tiempo, porque la vida es la que me ha dado siempre mucho que pensar. Pero desde la presidencia del famoso vice en ejercicio, ante esa predilección manifiesta con que la Parca elige lo mejorcito que encuentra, para llevárselo al otro mundo, sin duda porque habría allí más escasez de mentalidades que en éste (por increíble que parezca), me he puesto á reflexionar, procurando averiguar la causa de esto, y creo haber dado en el clavo.

Ser grande hombre, es "un clavo". Consiste todo en la misma naturaleza privilegiada de esos seres superiores. En su exquisita y extremada sensibilidad, en la elevación de sus miras, en la tensión de su sistema nervioso.

Todo esto, unido á que toman en serio á sus contemporáneos y se indignan demasiado al comprobar que la mayoría de ellos son tontos. ¡Es claro! La enfermedad, que siempre está acechando y tiene montada admirablemente una policía en que hacen de "pesquisas" los microbios, cae sobre aquellos que cometan cualquier imprudencia temeraria, sin tener robustez bastante y salud y fuerzas para salir triunfantes de la prueba.

No toman precauciones, en una palabra. Sin que pretenda yo ponerme á su altura, ni mucho menos, dentro de mi modestia ó inmodesta condición de escritor festivo, que acepto resignado sin salirme de los límites del mayor ó menor ingenio para expresar unas cuantas ideas, cosa que debo á Dios (aunque me pagan los hombres), á los distintos climas en que he vivido, al régimen alimenticio basado en la frugalidad: ya no beben agua antes, después, ni durante las comidas, he adoptado ciertas reglas de profilaxis para evitar graves daños á mi organismo, en la serie infinita y variada de choques y codazos con las que llamó el poeta "impurezas de la realidad".

Hasta con aquellos que sólo conocemos de pública voz y fama y no vislumbramos más que en las grandes solemnidades, vestidos nosotros de frac y ellos de uniforme, hay que usar medidas preventivas. Siempre que tengo yo que consultar el diccio-

nario de Latzina *doctor honoris causa*, que por fortuna ocurre muy pocas veces que abro las hojas de tan costoso ó gran libro, sin aplicarme antes á las siestas y rodajas de papa cruda, casero remedio contra la jaqueca: cuando tengo que ir á banquetes en que se come con mucha variedad de manjares en francés y hermosos postres en nuestro idioma ó en bolo murieta y estofada, me purgo el vaso y encorriendo mi alma á Rubén Darío, en el uso de la palabra, si voy al Congreso, donde los oradores que hacen plausible una fala quórum, como por ejemplo, Segundo, lojo, la barra y exclamo para mis adentros:

"¡Seguir no más!"

Ellos, los hombres de talento, no se dan de estos preservativos, y como tienen una nerviosidad extrema y son tan sensibles como una placa, á cada una de sus contrariiedades toman un disgusto de su clase "extra", increpan á los cielos, como Segismundo, el de *La Vida es Sueño*, cuando ellos regresan, en un interno de paredes.

El grande hombre, á la hora de sentarse á la mesa, mira con rencor el asado, el pollo con antipatía y los porotos casi carnes africanas. Llega el momento del descanso dominical, otra vez de los días hables, descanso nocturno, y apenas su noble frente en que brilla la luz del pensamiento se reclina sobre las almohadas, sus sueños, la luz y se queda dormido, sus sueños que antes eran con las nueve musas ó con los ocho ministros ó con las once mil virgenes ó con las huestes del Profeta, es hoy en esta "emergencia" una horrible pesadilla en la que se le aparece la visión del carnero, presentándosele un recibo extendido al dorso de una sentencia de muerte, el cuchillo con la cuchilla ensangrentada y el traje colorado que sacan los verdugos y el teatro, cuando visten con arreglo al vestuario de guardarrropas; la verdadera sardina verde como una lechuga, y el panadero, amasando unas tiras amarillentas de una pasta parecida al oro, que cubierta de una corteza tan enorme como la tierra terrestre.

Si al otro día, consultan á Latzina, él les dice que asisten á un banquete, leen periódicos ó visitan una exposición de pintura modernistas sin lavarse los ojos con agua de rosas ó con una disolución de agua boriciana y luego al salir se desabrigan al poco..., la pulmonía, la viruela, la indigestión, el paludismo, la lepra y demás enfermedades vigentes, se apoderan del enfermo, lo meten en la cama y se sientan á la cama exclamando: "ya seguros de su cura". "El médico hará lo demás".

DIEGO DE MIRANDA

